

Bautista, Gabriel F.

La ciudad y el paradigma de comunión : un elogio de lo urbano

Revista Teología · Tomo XLVI · N° 100 · Diciembre 2009 :
503-521

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Bautista, Gabriel F., *La ciudad y el paradigma de comunión : un elogio de lo urbano* [en línea], *Teología*, 100 (2009)

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/revistas/la-ciudad-y-el-paradigma-de-comunion.pdf>>

(Se recomienda indicar al finalizar la cita bibliográfica la fecha de consulta entre corchetes. Ej: [consulta: 19 de agosto, 2010]).

LA CIUDAD Y EL PARADIGMA DE COMUNIÓN UN ELOGIO DE LO URBANO

RESUMEN

Este artículo trata de ofrecer una mirada positiva de la ciudad, soslayando su aspecto sombrío, bastante difundido por distintos medios. Está fundado en la conjetura de que si hay un nuevo paradigma de comunión emergente, entonces no se puede soslayar en su constitución a la ciudad de hoy configurada en vastas regiones metropolitanas, en ciudades globales y en un planeta Tierra que es todo él ciudad, aunque haya, por supuesto, regiones que funcionan como campo y naturaleza, pero administradas y gestionadas desde las ciudades. Además, indaga en el carácter propio de la ciudad como un nudo dinámico de vínculos. Estos vínculos son una síntesis constante de materia, energía, información, comunicación y comunión de manera tal que, en el metabolismo urbano, hay un mundo natural que está siempre transformándose. Luego de apreciar la relación sociedad-naturaleza, considero la dimensión más filosófica del habitar para concluir en la apreciación de la ciudad como sacramento.

Palabras clave: comunión, ciudad, región metropolitana, naturaleza, sociedad.

ABSTRACT

The essay tries to show a positive appreciation of the city, disregarding the negative aspects, which are widely widespread. It assumes that if there is such a thing as a new paradigm of communion, then the city as it is nowadays configured in huge metropolitan areas is an integral dimension of this new paradigm. The global cities and the whole planet are urban, yet there are still areas that function as countryside and natural regions, but its governance depends on decisions taken in the city. Next the city is presented as a net of different links or a dynamic knot of relationships. These links are a synthesis of matter, energy, information, communications, and communion. There is an urban metabolism that constantly transforms nature. After reviewing society-nature relationship, there is an approach to the philosophical dimension of dwelling in a place. I finally conclude presenting the actual urban world as a sacrament.

Key Words: Communion, City, Metropolitan Region, Nature, Society.

1. La ciudad como condición necesaria

1.1. Introducción

Desde que Erasmo de Róterdam (1466-1536) escribiera su célebre *Elogio de la locura* (*Encomium moriae*, 1509), el género se fue abriendo camino a través de muy variados elogios a distintas virtudes. Ninguno fue dirigido a la ciudad o la vida ciudadana. Esto es un breve esbozo de, no tanto un elogio de la ciudad, cuanto de las regiones metropolitanas. Fue hasta no hace mucho cuando la ciudad era el lugar apropiado para la realización humana en un sentido pleno, hasta podríamos decir del desarrollo humano integral del cual nos habla Benedicto XVI en su última encíclica. Es lo que en la tradición humanista se designaba como la vida buena. La aspiración a una vida buena, –que incluye lo verdadero, lo bello, lo uno– en el sentido cristiano más cabal, se proyectaba en la ciudad.¹ Allí las redes de relaciones ofrecían la posibilidad de crecimiento que el aislamiento de la vida rural postergaba. Esto sigue siendo así, en cierta medida.

1.2. Regiones metropolitanas

En general ahora la tendencia es a pasar de aldeas y pueblos a ciudades pequeñas y de éstas a ciudades inmensas y a las regiones metropolitanas. El término ciudad es problemático porque la ciudad de hoy está articulada con otras de tal manera que se constituyen estos interminables y laberínticos territorios urbanos que parecen interminables para quien los recorre a diario en los medios de transporte público o privado o los ve desde el aire.

Hablamos y sabemos mucho de los males de estas regiones metropolitanas, males reproducidos mediáticamente hasta el cansancio, pero poco nos hemos detenido a considerar su significado positivo desde la perspectiva de las ciencias sociales y naturales, desde la de la filosofía y desde la de la teología. Por lo tanto, proponemos una mirada positiva de la ciudad como realidad física o natural y como realidad social tratando de arribar a una mirada filosófica y teológica. La conjetura básica de este artículo –que funciona a modo de hipótesis de trabajo– es que, si es plausible esbozar un nuevo paradigma de comunión, este paradigma aconte-

1. YIFU TUAN, *The Good Life*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1986.

ce en mundos urbanos; *gracias a ellos* y no *a pesar de ellos*. Las ciudades y los vastos territorios metropolitanos son los puntos de encaje donde este paradigma de comunión tiene su anclaje.

Por otro lado, a pesar de inculcar hasta tocar la sensiblería de que al arrancar una flor se perturba una estrella porque “todo está relacionado con todo lo demás”, quizás no haya hoy ideología más perniciosa para forjar un auténtico humanismo cristiano que la del ecologismo. Es una ideología que ignora al ser humano en su belleza más plena y, por lo tanto, considera a la ciudad, una obra humana por excelencia, de una manera negativa. Otras han sido las valoraciones negativas de la ciudad como lugar de alienación, una palabra moderna, si las hay.² Por el contrario, proponemos rescatar una mirada positiva de la ciudad, casi como una condición necesaria –y pudiera decirse suficiente– para la construcción y/o emergencia de este nuevo paradigma, el paradigma de comunión. Los obispos de América Latina reunidos en Aparecida mencionan la dimensión sombría de la ciudad, pero también muestran su importancia para la realización del espíritu humano y el desarrollo integral de la persona y de la sociedad.³

La vista no deja de ser pasmosa durante la noche, por más acostumbrados que estemos a ella. Ese cielo de estrellas geométricas parece un cosmos en sí mismo. Europa occidental desde Roma hasta Londres y desde Lisboa hasta Praga es como una gran ciudad.⁴ Lo mismo la costa este de Estados Unidos, lo cual convertiría el Atlántico Norte como en un

2. El concepto de alienación tiene un amplio espectro. Sin embargo, se puede suponer que se acuña de manera moderna en la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel (1807). Luego influirá a través de Feuerbach y Marx. Para una mirada genealógica más completa, ver G. F. BAUTISTA, *Intimacy with the Natural World: A Humanistic Perspective*, Ph. D. Thesis, Durham, University of New Hampshire, 2003, 15.

3. La fe nos enseña que Dios vive en la ciudad, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos. Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos. Las ciudades son lugares de libertad y oportunidad. En ellas las personas tienen posibilidad de conocer a más personas, interactuar y convivir con ellas. En las ciudades es posible experimentar vínculos de fraternidad, solidaridad y universalidad. En ellas el ser humano es llamado constantemente a caminar siempre más al encuentro del otro, convivir con el diferente, aceptarlo y ser aceptado por él. (Aparecida, 514). Acerca del desarrollo integral, Cf. *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI.

4. Así describe Michel Serres esta experiencia: “Visible durante la noche desde un satélite como la mayor galaxia luminosa del globo, más poblada que los Estados Unidos, la super gigante megalópolis Europa parte de Milán, franquea los Alpes por Suiza, bordea el Rhin por Alemania y el Benelux, toca oblicuamente Inglaterra después de haber atravesado el Mar del Norte y acaba en Dublín, una vez pasado el canal de San Jorge. Conjunto social comparable a los Grandes

mar urbano. Algo parecido ocurre con la costa oriental de Asia desde Tokio hasta Singapur. América Central y del Sur, África y gran parte de Oceanía todavía aparecen como continentes poco iluminados, excepto por algunos manchones de luz en Buenos Aires, San Pablo, Johannesburgo, El Cairo y Sydney. En estos lugares, alumbrados gracias a los desarrollos tecnológicos de hace apenas poco más de cien años –y mucho menos en algunos casos–, viven sus vidas no miles o cientos de miles, sino millones de personas. Estas placas urbanas tienen una densidad de tejido tal que influyen físicamente en las relaciones ambientales de la Tierra, tanto como los casquetes polares, Siberia o el Gran Chaco.

La ciudad es clave para comprender la realización del espíritu humano, ¿cómo pues afirmar que el *homo urbanus* es la nueva especie depredadora?⁵ ¿Acaso es posible reducir a una cifra la “huella ecológica” de una ciudad?⁶ ¿Cómo es posible un mundo en el cual muchos desean escaparse de la ciudad pero al mismo tiempo seguir disfrutando de los bienes y servicios que la vida urbana facilita?

2. Comunión: la ciudad como red de vínculos

No fue hasta hace muy poco que la ciudad empezó a ser desacreditada, como un lugar de postergación en vez de realización humana. Sin embargo, el ser humano parece estar llamado a construir y habitar ciudades, porque a través de ellas se expresa el sentido del habitar en la Tierra. Así pues, el paradigma de comunión parece no poder gestarse al margen de las ciudades y regiones metropolitanas. Por el contrario, son casi como su condición necesaria. El así llamado proceso de globalización –que implica un desafío fuerte para la comunión, como encuentro y diálogo–,

Lagos o al casquete glaciar de Groenlandia por su tamaño, la homogeneidad de su tejido y su influencia sobre el mundo, esta placa altera desde hace mucho tiempo el albedo, la circulación de las aguas, la temperatura media y la formación de las nubes y de los vientos, en una palabra, los elementos, pero también el número y la evolución de las especies vivientes, en, sobre y bajo su territorio.” M. SERRES, *El contrato natural*, 2da. ed. Valencia, Pre-Textos, 2004, 33.

5. J. RIFKIN, *Homo urbanus* la nueva especie depredadora. *Clarín*, 3-12-2006, 39.

6. Huella ecológica traduce al español el concepto inglés *ecological footprint*, que trata de medir hasta dónde influye nuestro consumo, el territorio que pisamos y sobre el cual imprimimos nuestra huella, que en la modernidad se puede extender a miles de kilómetros de mi lugar de residencia y o trabajo. Esto ya estaba claro en la época de Herman Melville (*Moby Dick*, 1851). Ver H. MELVILLE, *Moby Dick*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

no está sustentado en el aire. Al contrario, está arraigado con firmeza en las ciudades como centros de intercambio financiero, cultural, económico, político.⁷ Quizás como nunca antes asistimos a la gestación de una vasta *polis* mundial que considera la Tierra entera como su lugar propio. Para la Iglesia, de una manera visible, Roma como ciudad capital de rango mundial, nunca fue tan Roma como en este momento de la historia.

La crisis de vínculos a que hicieron referencia los obispos en *Navega mar adentro*⁸ es en parte una crisis en el habitar humano, una pérdida del sentido de la ciudad como categoría geográfica, filosófica y teológica. Una ciudad es (i) un lugar geográfico, un territorio fuertemente intervenido para que los procesos naturales ocurran lo más ordenada y previsiblemente posible, (ii) un lugar existencial donde el ser humano habita y arraiga, (iii) un lugar teológico, que trasciende el propio marco temporal y espacial para proyectarlo en un *ethos* nuevo, de Pascua cristiana.

Desde la antigüedad clásica, el ser humano es considerado como un *zoon politikon*. El ser humano se realiza en la *polis*, en comunión con los demás porque es lugar de encuentro y diálogo. La humanidad enraizada en la tierra es la ciudad. No obstante, la mayor tasa de movilidad humana sobre toda la faz de la Tierra, llevó a homogeneizar los nodos de circulación como aeropuertos y autopistas y los de residencia como hoteles. Estos espacios indiferenciados son llamados no-lugares por el antropólogo francés Marc Auge. En un sentido parecido arguye Zygmunt Bauman, quien considera la inestabilidad de los vínculos como la modernidad líquida, en contraste con una modernidad que fue sólida.⁹

Además, la misma práctica de la ecología política está articulada en ciudades.¹⁰ Aquí hay que articular las tres ecologías de Juan Pablo II, que retoma Benedicto XVI.¹¹ Una verdadera ecología humana, de vínculos que

7. S. SASSEN, *Cities in a World Economy*, Thousand Oaks, CA, Pine Forge Press, 2000; y también de la misma autora: *The Global City. New York, London, Tokyo*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

8. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega mar adentro*, Buenos Aires, CEA, Oficina del Libro, 2003. En términos de Simone Weil es una crisis de arraigo.

9. Cf. BAUTISTA, *ibid*, 192-196. Z. BAUMAN, *Modernity and Ambivalence*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1991. Hay traducción al español de *La modernidad líquida* (además del mismo autor *Amor líquido y Vida líquida*). Esta apreciación se acerca a *La insoportable levedad del ser*. Sobre la ciudad y sus vínculos, se puede ver con provecho: SASKIA SASSEN; ANDREAS HUYSEN; DAVID HARVEY, "Las ciudades del mañana", *Ñ Revista de cultura*, sábado 21 de octubre de 2006.

10. BAUTISTA, *ibid*, 130ss. Considerar, por ejemplo, el conflicto entre Uruguay y Argentina a raíz de la instalación de las fábricas de pasta de papel.

11. *Centessimus Annus, Caritas in Veritate*.

cuiden la vida, en el sentido del Papa Juan Pablo II no puede darse sin el concurso del mundo urbano.¹² Hoy no podemos soslayar el hecho de que estamos habitando en un mundo urbano, un mundo que ya no es ni rural y mucho menos natural. Todo ecosistema, cualquiera sea el grado de intervención humana que tenga, depende de algún tipo de condición urbana.¹³

Pensemos la significación de lo urbano teniendo en cuenta que la creación, tan peculiar del espíritu occidental, del género “utopía” –y últimamente su contrario, la “distopía”–, generalmente acontece en mundos urbanos, desde *La República* de Platón en la Antigüedad, pasando por la *Utopía* de Tomás Moro en los prolegómenos de la modernidad, hasta *Looking Backward* de Edward Bellamy y *Mundo Feliz* de Aldous Huxley. Es cierto que a menudo estos mundos urbanos están en relación con los mundos rurales y naturales, pero en las utopías son comprendidos no por sí, sino por lo urbano.¹⁴

Finalmente, el gran relato cristiano nos propone aspirar a la contemplación apocalíptica de la Ciudad de Dios, donde no habrá templo, porque Dios mismo será el templo, la Jerusalén celestial, que en fe y esperanza anhelamos que descienda del cielo bellamente adornada como una mujer para su esposo. Allí los vínculos serán plenamente amorosos. Por otro lado, estamos invitados a vivir el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintos en la ciudad. Por lo tanto, es plausible considerar a la ciudad casi como una realidad sacramental. De ella podemos decir lo que dice el sacerdote en la misa al presentar el pan y el vino: (i) que le agradecemos a Dios esta ciudad, (ii) que es fruto de la tierra y del trabajo del hombre, (iii) que recibimos de su generosidad, (iv) que se la presentamos a El y (v) que es el lugar propio de nuestra salvación.

Quizás como ninguna otra obra humana, la ciudad ha sido objeto de muchas controversias y de las más variadas interpretaciones en el ámbito de las ciencias sociales, de la filosofía y aún de la teología. Pero, para los antiguos del cercano oriente y China la ciudad era un microcosmos que

12. “Hay que mencionar en este contexto los graves problemas de la moderna urbanización, la necesidad de un urbanismo preocupado por la vida de las personas, así como la debida atención a una ecología social del trabajo.” Juan Pablo II, Carta Encíclica *Centesimus annus*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1992, 76.

13. Lo mismo podría trasladarse a las cuestiones de espiritualidad. “La naturaleza, especialmente en nuestra época, está tan integrada en la dinámica social y cultural que prácticamente ya no constituye una variable independiente.” CV, 51.

14. Cf. BAUTISTA, *ibid*, 190-192.

15. Cf. TUAN, *ibid*, 66-67.

reflejaba en su arquitectura y vida social algo de la magnificencia del macrocosmos. También esto valía para los griegos y romanos, para quienes la ciudad celebraba, además, la divina razón presente en el hombre. Más tarde, los habitantes de las ciudades medievales estaban orgullosos de sus privilegios y de habitar en las ciudades amuralladas; lugares de libertad diferenciados del oprimente feudalismo rural. Hay que esperar al final del siglo XVIII para que la ciudad entrara en descrédito.¹⁵ Por otro lado, el símbolo del caos primordial está representado por la oscuridad. La ciudad con sus luces quiebra este hechizo. La ciudad es un artificio porque se aleja de la naturaleza. Allí encontramos protección contra las inclemencias del tiempo. Es como un campamento donde los hombres cansados levantan sus carpas. Este es el sentido del habitar.

Además, en la ciudad, se intensifican los vínculos de amistad, familia, conocidos, colegas, todos ellos forman parte de nuestra vida. Hay, sin duda, en la ciudad un amplio círculo de extraños, lo cual favorece el anonimato y la inmoralidad. Pero, por experiencia sabemos que la vida de la ciudad no puede ser inmoral para que pueda ser la buena vida. Además, la vida de la ciudad es una invitación a la caridad: en esto, se expresa de manera tangible la comunión.¹⁶ De aquí los dos amores de San Agustín representados en las dos ciudades. Esta misma imagen emplea San Ignacio de Loyola en la célebre meditación sobre las dos banderas: Jerusalén y Babilonia. Así, la ciudad es como el lugar tangible, concreto, palpable de la *communio*¹⁷ y así como la ciudad era para los antiguos reflejo del macrocosmos, así para los cristianos es como la imagen terrena de aquella otra Ciudad celeste (Ap. 21, 2), la Jerusalén celestial, descrita como lugar de consumación y plenitud de la vida de los hombres con Dios.

“La ingente tarea creativa que el hombre ha ido desarrollando en el mundo tiene, pues, una validez escatológica: contribuye a la edificación de la Jerusalén celeste. Esta convicción suministra al cristiano el mejor estímulo para entregarse a la construcción de la ciudad secular: la esperanza cristiana en el mundo *tal cual será* entraña un inconformismo activamente militante frente al mundo *tal cual es*.”¹⁸

16. Cf. TUAN, *ibid*, 77.

17. Cf. G. GRESHAKE, “Comunicación. Origen y significado de una idea teológica”, *Stromata* 62 (2006) 129-149.

18. J. RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, Madrid, BAC, 2002, 193.

19. 8 de noviembre de 1934.

3. Naturaleza y sociedad

3.1. La ciudad como artificio

Ubicada en Arroyo y Carlos Pellegrini, en Buenos Aires hay una plazoleta dedicada al urbanismo en honor de Carlos M. della Paolera. Durante la gestión del intendente Dr. Mariano de Vedia y Mitre, concibió en 1936, bajo el lema de “organizar para vivir mejor”, el proyecto de la Avenida 9 de Julio con características de avenida-parque y su ancho actual para descongestionar el centro de la ciudad. Allí hay un extracto de su *Manifiesto del Símbolo del Urbanismo*, que dice que “en esas colmenas humanas que son las grandes ciudades modernas se ha roto el equilibrio razonable entre la obra artificial y los elementos de vida que generosamente nos brinda la madre naturaleza. Siguiendo los más variados rumbos en sus investigaciones, los urbanistas de todo el mundo han llegado a la conclusión de que es necesario reconquistar el aire, el sol y la vegetación para el ambiente de la ciudad moderna. Las teorías y realizaciones urbanísticas más opuestas encuentran que el objetivo final consiste en asegurar la unión íntima de la ciudad con la tierra viviente, dando amplia entrada a la naturaleza entre las masas inertes de edificación urbana”.¹⁹

En este texto de un urbanista que ha modificado fuertemente la ciudad, se comprende el sentido amplio de la ciudad como medio físico construido –puertos, autopistas, edificios, puentes, aeropuertos– en relación con un entorno natural –formado por ríos, llanuras, montañas o elevaciones, animales y plantas, la tierra y los elementos, agua, aire y fuego o energía–. Ambos, el medio físico construido y el medio físico natural configuran la ciudad como estructura más o menos rígida. El sentido de esta estructura debería estar dado en función de quienes la habitan, las personas que forman parte de una población urbana.

Entonces, por ciudad se entiende tanto una población como una construcción física. A pesar de que las vastas regiones metropolitanas o megalópolis, aparecen como ciudades ingobernables, la población conforma a los ciudadanos, regidos por el contrato social de la ciudad. La *polis* es el lugar propio del *zoon politikon*, del ser humano que es el ser capaz de vivir en una *polis*, capaz de convivir. Por este motivo, la ciudad promueve una ética solidaria no sólo horizontal, sino también transversal, histórica, intrageneracional e intergeneracional.

Por codificado, la ciudad es un territorio fuertemente normativo y por ende, fuertemente artificial. Antes, en la diferenciación ciudad-campo-murallas, que separaba lo familiar de lo extraño, se producía un espacio especial para la convivencia. El muro albergaba y separaba ámbitos heterogéneos y heterónomos: mundo urbano del mundo rural. Siguiendo a Tonnies, se puede decir que la ciudad moderna creó vínculos mecánicos, mientras que en el campo había vínculos orgánicos. Pero, según Bertelloni, la ciudad es también como un hecho natural, ya que sigue la tendencia propia de la naturaleza humana, según Aristóteles, la de ser *zoon politikon*. Entonces, “no es artificial el *factum* de que los hombres se reúnan para crear artificios.”²⁰

Es una idea bastante aceptada la de la ciudad como un artificio: hechura de manos humanas, pura cultura. Sin embargo, los campos de soja transgénica y la articulación del territorio nacional en jurisdicciones, con el ferrocarril, las rutas y los puertos son tan artificiales como la ciudad. En realidad, casi podríamos decir que ni siquiera los parches de naturaleza representados en los parques nacionales son naturaleza en el sentido de lo espontáneo o no-artificial, ya que los mismos parches son producto del artificio legislativo: se consagra o separa una parte de territorio mediante una norma jurídica para que allí la naturaleza se pueda desenvolver de la manera más espontánea posible. Sin embargo, mantener estos parches o parques nacionales, es el fruto de una constante intervención social.

3.2. *Procesando la naturaleza*

Por otro lado, el estudio del historiador ambiental William Cronon muestra como Chicago fue creciendo no a pesar de la naturaleza, sino procesando y reprocesando la naturaleza de su entorno y mucho más allá.²¹ Lo mismo puede aducirse de Buenos Aires. Si bien es un conjunto de edificios, desde aquél primer fuerte que no prosperó y el que luego fue refundado por Garay para abrirle las puertas a la tierra, según la geopolítica española de entonces, hasta la actual región metropolitana pasando

20. F. BERTELLONI, “La Ciudad: ¿espacio territorial o modo de convivencia? (Reflexiones sobre las causas de las ciudades)”, *Communio* 3 (1997) 27. En esto, Bertolloni concuerda con el municipalismo de Murray Bookchin. Cf. G.F. BAUTISTA, *ibid*.

21. W. CRONON, *Nature’s Metropolis: Chicago and the Great Wes*, New York, WW. Norton, 1991.

por la Buenos Aires agroexportadora del siglo XIX y XX, esta ciudad ha estado procesando y reprocesando su entorno natural y mucho más. Buenos Aires, para quien sepa ver, ha intimado constantemente con la naturaleza mas que nos ha alienado de ella. Por este motivo, también una ciudad es paradigma de comunión hacia fuera, por cómo crea relaciones con los demás y los entornos de los demás, aunque estén a miles de kilómetros. Esto se ha manifestado con toda claridad en la globalización de los últimos 40 años. Saskia Sassen ha estudiado estas ciudades globales que ejercen una función jerárquica a nivel planetario: Nueva York, Londres y Tokio. Y luego hay otras de índole más regional y local. Toda una trama jerárquica de relaciones.

Pero la ciudad misma con su proceso de sub-urbanización ha quebrado la distinción clásica entre el campo y la ciudad, el campo como lo espontáneo y natural y la ciudad como lo artificial y alienante. La ciudad muestra una necesaria intimidad con su entorno y su entorno en ella. La vida aparentemente natural y segregada del campo puede ser alienante. La ciudad apremia al ejercicio de la solidaridad. Una ética de la solidaridad es impensable sin ciudades. Son el lugar propio de la caridad, ya que en la ciudad vivimos entre extraños. Y curiosamente son las multitudes de extraños, los que no sabemos cómo se llaman, las que nos permitirían forjar una verdadera comunión. Están sí los vínculos de familiaridad, de amistad, de vecindad, de conocimiento. Pero son los vínculos con los extraños los que ponen a prueba el sentido de la comunión y de ser miembros del Cuerpo de Cristo por la caridad.²²

No es fácil comprender los aspectos sociales y los naturales de una manera equilibrada en su mutua interacción. Hay mucho de “natural” que es una gran obra humana, una socialización de la naturaleza. Es difícil cortar con el bisturí la *natura* de la *nurtura*, lo innato de lo adquirido, lo natural de lo social. Casi podría decirse que hoy ya no es posible. En efecto, la ciudad, a través de su arquitectura, arte, ciencia, museos –pensemos que Buenos Aires en pocas hectáreas contiene el Zoológico, el Jardín Botánico, el Museo de Ciencias Naturales, el Museo de Bellas Artes, el Teatro Colón, el Teatro Cervantes, la Iglesia Catedral y otras iglesias históricas, entre otras facilidades, es decir, toda una síntesis de evolución natural y cultural que no tiene parangón en ningún otro lugar que no sea

22. Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*.

un mundo urbano—, la ciudad tiene pues un valor simbólico que expresa el orden natural, social y trascendente del habitar humano en la tierra.

La ciudad no es un orden artificial en el sentido de sobrepuesto a la naturaleza, sino artificial en el sentido de que ha ido sintetizando la naturaleza cercana y la lejana en círculos cada vez más amplios, tan amplios que han llegado a englobar la Tierra entera. Así es posible concebir la ciudad como un factor de comunión de los hombres consigo mismos, entre ellos, con su entorno y con Dios. Y en todo esto hay una búsqueda, muchas veces menoscabada por la pérdida del sentido del habitar, de la belleza. Hay una belleza diamantina en las ciudades, que ha quedado muchas veces degradada por los males contemporáneos de la marginalidad, la pobreza, la exclusión, la des-industrialización y la falta de empleo. Sin embargo, la ciudad sigue atrayendo a las poblaciones campesinas. La relación campo-ciudad hay que verla ahora ampliada a nivel planetario. Así como en el siglo XIX la población de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y EE.UU. migraba del campo a la ciudad, ahora las poblaciones de India, China, Oceanía, África, Asia y América Latina buscan migrar a los grandes centros metropolitanos.²³

Saint-Exupery decía que las máquinas no nos alejan de la naturaleza, por el contrario, nos sumergen más profundamente en ella. Quizás, aunque pudiera parecer paradójico, lo mismo puede decirse de la ciudad, que no nos aleja de la naturaleza, por el contrario, nos sumerge más profundamente en ella.²⁴ Esto vale no sólo desde un punto de vista técnico, es decir, saber administrar los flujos de los cuales una ciudad depende —agua, aire, alimentos, información, materiales de todo tipo, energía, transporte—, sino también como tarea espiritual, ya que la amplia conciencia ambiental que se ha ido desplegando desde hace al menos 150 años, ha ido pareja con el gran desarrollo y crecimiento de las ciudades, convertidas hoy en vastas regiones metropolitanas. Vivir en la ciudad significa saber que se depende en alto grado de todo un entorno que sostiene a la ciudad misma. En esto la ciudad es un paradigma de cooperación, al menos, y un lugar propicio para despertar y desarrollar el sentido de la

23. W. RAYMOND, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001. Este es el gran desafío de China e India. La población campesina china, por ejemplo, aspira a disfrutar de la vida de ciudades como Shanghai, Hong Kong y Beijing.

24. Cf. BAUTISTA, *ibid*, 76-78. A. SAINT-EXUPERY, *Wind, Sand, and Stars*. NY, Reynal & Hitchcock, 1940.

comuni3n, ya que en la ciudad todos dependemos de todos en los m1s variados aspectos; tanto que la ciudad es casi como una figura de padre y madre que nos ayuda a crecer, alimenta, nutre, cuida a lo largo de la vida. Dependemos de miles de miles de tareas desempe1adas por otros.

4. Habitar, vivir, existir: la ciudad como lugar

Seg1n Heidegger, el construir y el habitar son dos palabras que tienen la misma ra3z en alem1n. El hombre construye ciudades para habitarlas y en ellas existir humanamente, al amparo del ser.²⁵ El rasgo fundamental de este habitar es el cuidar. Las murallas erigidas artificialmente protegen contra las fuerzas amenazantes. Ahora en los barrios cerrados protegen de las fuerzas amenazantes de la sociedad, no de la naturaleza. El hombre ha perdido el sentido del habitar y s3lo puede llegar a la paz mientras sea capaz de habitar en un nuevo amparo.²⁶ El hombre expresa la paradoja de salir a explorar y buscar las fronteras de territorios desconocidos, la *terra incognitae*, para luego inmediatamente ponerle l3mites. Esta necesidad de l3mites, ya que lo inconmensurable podr3a oprimir, es clara en las fundaciones espa1olas de las ciudades. Crea as3 una regi3n para el espacio 3ntimo. Habitar no es el mero hecho de tener una vivienda. La ciudadela de Saint-Exupery es el s3mbolo para la constituci3n del ser del hombre, para aquella otra ciudadela en el coraz3n del hombre. Muros y diques para poner coto al caos de la selva interior, seg1n Rilke.²⁷

La importancia del l3mite reside en que le da forma al hogar y a la ley que lo constituye. Como todo hogar est1 amenazado, necesita de las murallas para su contenci3n, para ser y permanecer, porque el hombre siente ansia por el ser; por el arraigo, ya que el hombre puede ser cuando arraiga. "Porque he descubierto una gran verdad. A saber: que los hombres habitan y que el sentido de las cosas cambia para ellos seg1n el sentido de la casa."²⁸ A su vez, los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio:²⁹

25. O. F. BOLLNOW, *Filosof3a de la esperanza*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1962, 142.

26. Ibid, 144.

27. Ibid, 149.

28. A. SAINT-EXUPERY, *Ciudadela*, Buenos Aires, Goncourt, 1983, 20.

29. Ibid, 21.

“así el hombre perdido en una semana sin días, o en un año sin fiestas, que no muestra su rostro. Así el hombre sin jerarquía.”³⁰ “Y ordenó que en la morada se haga un corazón para que uno pueda aproximarse y alejarse de algo. Para que se pueda salir y volver. Pues de lo contrario no se está en ninguna parte. Y ese no estar en ninguna parte no significa ser libre.”³¹

Parece que la tendencia a habitar en ciudades es algo inherente a la naturaleza humana, una aspiración a formar comunidades en la línea antropológico-evolutiva. Contemplada desde un punto de vista panorámico, la ciudad se nos presenta como la realización final de la evolución humana. En efecto, desde aquel *Big Bang* que tuvo lugar hace 15000 millones de años, pasando por la formación de las galaxias, la del sistema solar y finalmente la configuración del planeta Tierra hace apenas 4500 millones de años, y luego la evolución del reino mineral, vegetal y animal, la emergencia del fenómeno humano tiene recientemente una ruptura fuerte con la revolución agrícola hace apenas 10000 años y luego la revolución urbana hace 5000 años, cuando los seres humanos empezaron a fundar ciudades entre el Tigris y el Eufrates. Desde entonces la ciudad es parte de la realización humana. Pasó por momentos de prestigio y de desprestigio. Los poetas latino clásicos, por ejemplo, cantan a esa Roma ligada a lo pastoril; los primeros ensayos de vida monástica tienen lugar en el desierto, hay que salir de la ciudad para huir del mundo vanidoso. Sin embargo, también la ciudad es vista como el lugar de realización humana, de los vínculos. No será hasta tiempos recientes que nuevamente la fuga al suburbio pastoril será vista como el nuevo lugar de realización, ya que la ciudad es el lugar de encuentro con lo peor de una sociedad –mendicidad, criminalidad, etc.– Las nuevas formas de habitación –barrios cerrados, clubes de campo, condominios– son un desafío para la comunión.³²

La década de los años 60 fue significativa en muchos aspectos. También para el tema que nos ocupa. Fue por ese entonces que se formuló con precisión la condición planetaria del habitar humano en la Tierra. Para esto concurrieron varios acontecimientos, entre los que se destaca la primera vez que un ser humano, la mirada de un astronauta, vio la Tierra como una única entidad física desde el espacio. Esta mirada, y el subsiguiente icono fotográfico reproducido ahora hasta el cansancio, de la Tierra co-

30. *Ibid*, 23.

31. *Ibid*, 21.

32. H. N. SMITH, *Virgin Land. The American West as Symbol and Myth*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1978 [1950, 1970]. Del mismo autor. *The Machine in the garden*.

mo una bella nave azul-verdosa con salpicaduras de blanco contra un fondo negro, frío e inconmensurable, trazó la conciencia de la Tierra como una nave espacial: no hay más fronteras ultramarinas donde expandirse, ni nuevos continentes por descubrir: estamos sujetos a esta morada, por más que puedan emprenderse excursiones a las fronteras del espacio exterior o del espacio microscópico de la materia viva e inerte –código genético, cerebro, partículas elementales–. El gran economista británico Kenneth Boulding lo formuló en un artículo sobre el fin de la economía de frontera, es decir, basada en la expansión territorial en busca de recursos naturales, para pasar a una economía de nave espacial –*frontier economy – spaceship economy*–.³³ Quizás esta economía sea el umbral o el invitatorio a una economía de comunión. Herman Melville tuvo cierta mirada profética sobre esto en *Moby Dick*. Ese mismo año de 1965, la revista *Scientific American* dedica un número especial a la ciudad y los ensayistas coinciden en que se está viviendo una novedad, que si bien hay una continuidad en la evolución urbana de la especie humana, al mismo tiempo se asiste a una ruptura y cambio cualitativo: la de las regiones metropolitanas y la de inmensas ciudades en todos los continentes.³⁴ Por ese entonces, ya empezaba a mencionarse a una tal Teresa que asistía a los moribundos en una de esas inmensas ciudades, Calcuta.

Por otro lado, la globalización entendida en un sentido amplio, no sólo como intercambios comerciales expresados a través de rígidos vínculos jerárquicos, ha sido acompañada por los mundos urbanos. Sería imposible pensar nuestra Tierra como lugar ampliamente interconectado sin las ciudades globales como Tokio, Hong Kong, Kuala Lumpur, Singapur, Sydney, San Francisco, México, Santiago de Chile, Buenos Aires, San Pablo, Nueva York, Madrid, Londres, París, Zurich, Roma, Moscú. Estas grandes regiones metropolitanas, un desafío en sí mismas, a su vez establecen un régimen satelital con respecto a otras ciudades, pueblos y aldeas, de tal modo que en este comienzo del siglo XXI sí podemos decir que vivimos en un planeta urbano que efectivamente gestiona mundos rurales y naturales sin los cuales no puede sostenerse, pero que en definitiva las realizaciones propias del espíritu humano acontecen en estas ciu-

33. K. BOULDING, *The economics of the coming spaceship earth*, en: HENRY JANETT (ed.), *Environmental Quality in a Growing Economy*. Baltimore, John Hopkins University Press, 1966.

34. SCIENTIFIC AMERICAN AA.VV., *La Ciudad*, Madrid, Alianza, 1967.

dades.³⁵ En el año 2007 por primera vez en la historia humana la población urbana superó a la rural; aunque esta población rural ya hace tiempo que está urbanizada en cuanto a hábitos, necesidades prácticas y modo de ver el mundo. Sin embargo, parecería que, al mismo tiempo, como un movimiento a contracorriente, hay una aspiración mayor por estrechar vínculos de intimidad con la tierra y con la naturaleza.

Por otro lado, la ciudad, en el orden de lo simbólico, siempre expresó un orden trascendente, ya que la ciudad era el reflejo del orden cósmico. A su vez, en su artificio, la ciudad emulaba el por entonces aparentemente inmutable orden de la naturaleza, de los cielos y del mundo sublunar, aunque éste estaba más sujeto a la caducidad. Así el orden social de la ciudad era un reflejo del orden inmutable del cosmos. Se podía decir que el hombre habitaba en la tierra. Este habitar se fue degradando hasta que las ciudades se convirtieron en simples estructuras funcionales para nacer, estudiar, dormir, trabajar, envejecer y morir, tratando de ser lo más exitoso posible en los negocios, aspirando a esos 5 minutos de fama que todos merecemos, según el pintor pop Andy Warhol.

Se piensa en la ciudad. Al campo podemos retirarnos para meditar y asentar el pensamiento y el alma, incluso para poetizar. Pero el intercambio de ideas, el vibrante diálogo de saberes, la búsqueda de lo que es verdadero, bello, bueno, la realidad última, Dios, todo esto acontece en la ciudad, en el intercambio humano que gesta la comunión y que ha llevado en los últimos años a construir lo que parecería ser como un nuevo paradigma, llamado “de comunión” –aunque siempre está el riesgo que sea sólo de asociación: para usar las categorías de Tonnies, comunidad de intereses y no de vínculos, contrato social y no comunidad de personas su distinción clásica entre *Gessellschaft* y *Gemeinschaft*–.³⁶ La ciudad puede incitarnos al escapismo, y quizás sea saludable para la psiquis salir de la ciudad. Pero se sale para volver. Y volver a gestar con la gracia de Dios los vínculos de la comunión.

La ciudad es, además, un símbolo de lo técnico, de cómo el hombre ha ido configurando su existencia de manera tal que su actuación en el mundo va siendo informada por lo técnico, como un modo propio de expresar su señorío. Esta técnica, por otro lado, puede ser ocasión para to-

35. Y quizás lo mismo podría aseverarse de la acción del Espíritu Santo: sus mociones e inspiraciones probablemente obren en los corazones urbanos.

36. Cf. G. F. BAUTISTA; N. MONZEL, *Doctrina social*, Barcelona, Herder, 1972, t.1, 158 y ss.

talitarismos en el sentido de Lewis Mumford o para logros estéticos que enaltecen y estimulan el existir humanamente en esta Tierra.³⁷ Este es el sentido más hondo del habitar poético al que hace referencia Heidegger.³⁸ Nuevamente, estas realizaciones implican un modo de pensar técnico, lo técnico es una *forma mentis* que necesariamente compone el modo de habitar en la ciudad.³⁹ Las ciudades globales de hoy en día – pensemos en las de primer rango como Nueva York, Tokio y Londres– serían inimaginables sin una configuración técnica de la existencia; no sólo de la ciudad, sino también del mundo rural y del natural que las sostiene. Pensemos lo que significa como comunión de arte y ciencia, naturaleza e historia, música y matemáticas, poesía y economía, una ciudad como Buenos Aires. Consideremos su significado como desafío teológico-pastoral para forjar vínculos de comunión. La ciudad ha ido haciendo de la Tierra algo más sincrónico que diacrónico, ha adelantado nuevamente las geografías por sobre las historias, los territorios como lugares de acontecimientos de acordes cada vez más abarcativos, plurales y sinfónicos. Podríamos considerar las ciudades globales de hoy como la materialización del *aleph* de Borges. Así, no sería desproporcionado considerar las ciudades como lugares que nos han reconfigurado la existencia, nuestro modo propio de existir humanamente en esta tierra.

Quedaríamos un tanto incompletos, si no mencionáramos que el término de *noosfera* forjado por Teilhard de Chardin, como la esfera del espíritu que ordena y piensa la Tierra como totalidad, esta *noosfera* tiene sus puntos de encaje en las ciudades, donde solidariamente los hombres se entregan a compartir los frutos de sus lecturas, trabajos, diálogos y conversaciones.

5. La ciudad como sacramento

La ciudad es pues clave para la gestación de un nuevo paradigma de comunión. Porque la ciudad tiene esa cualidad de expresar, por un lado, un aspecto físico muy claro: los perfiles urbanos brillan como diamantes en la noche del universo, tan pequeños y tan magníficos al mismo tiempo. Por

37. L. MUMFORD, *The culture of cities*, Harcourt, New York, 1938.

38. M. HEIDEGGER, *Poetry, Language, Thought*, New York, Harper & Row, 1971.

39. Cf. los escritos de Heidegger sobre la cuestión de la técnica. En especial, M. HEIDEGGER, *The Question Concerning Technology and other essay*, New York, Garland Publishing Inc., 1977. También P. GOUROU, *Introducción a la geografía humana*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

otro lado, este aspecto físico, edilicio, de sistemas materiales de domesticación del medio como son las cañerías, cableados, torres de emisión y recepción de frecuencias diversas, este aspecto físico vincula y a su vez es vinculante de un aspecto espiritual, de vínculos humanos abiertos a la trascendencia. Muchas veces la fluidez de los cambios en estos vínculos tarda en ser registrado por el sustrato físico, que es más rígido. Ya vimos antes que una ciudad tiene un rasgo biográfico, entonces, a modo de ejemplo, se puede considerar el propio ciclo de vida de una persona, que va pasando desde su niñez hasta su senectud por una variedad de lugares. Las mudanzas van acompañando las mudanzas existenciales. Las ciudades están en constante estado de mudanza. Este aspecto es importante para la espiritualidad cristiana porque acompaña al hombre que camina en la fe. Además, el territorio urbano es como un palimpsesto donde se escribe y re-escribe la vida de los ciudadanos. Así como nosotros somos seres biográficos, se puede decir que la ciudad también es biográfica. Cada ciudad y región metropolitana como una persona tiene una biografía personal. Cada ciudad va escribiendo su autobiografía. La ciudad es una narración. Esto, a pesar de que la ciudad como sustrato físico es más rígido que las personas y sus vínculos que son mucho más cambiantes y fluidos. Va acomodándose a los cambios, como el *country* y el *shopping* que reconfiguran el tejido urbano.⁴⁰

La ciudad, pues, no puede quedar descuidada en nuestras consideraciones desde lo social, lo filosófico y lo teológico. Sería un descuido grave no atender a la realidad casi sacramental de la ciudad. La ciudad es una expresión tanto de la naturaleza como de la historia. El paisaje urbano queda moldeado por la naturaleza del territorio a partir del cual la ciudad se va desarrollando. Esto es lo que hace que Rosario difiera de Córdoba, por ejemplo. Rosario construida a orillas del magnífico río Paraná, como una bisagra entre la llanura y el comercio de ultramar; Córdoba una ciudad mediterránea, que articula la llanura con las sierras y todo el norte del país, en especial el NOA.

Desde el clásico ensayo de Fustel de Coulanges *La Ciudad Antigua*, parece claro que el ser humano está llamado a habitar y fundar ciudades.⁴¹ Hay una ética fundacional propia del ser humano, ética o moral que lo lleva a explorar territorios desconocidos para luego aprender a ponerle límites. Así lo dice Saint-Exupery en *Ciudadela*, necesita de los mu-

40. Esto se vive intensamente en todos los barrios de la ciudad de Buenos Aires. Cf. A. BELLUCI, "La ciudad, corazón y cáscara de la organización social", *Communio* 3 (1997) 5-21.

41. N. D. FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*, Buenos Aires, Celene, 1985.

ros que limitan su propio orden y cosmos ante lo ilimitado y caótico del afuera. Este habitar hace de la ciudad como un sacramento, un fruto de la tierra y del trabajo del hombre que es ofrecido a Dios. Según Greshake, la palabra comunicación y comunión remite a los muros de la ciudad, a lo envolvente o lo circunvalante.⁴²

En la teología de la ciudad sí es fuerte el aspecto diacrónico político e histórico, una dimensión que ha pesado fuertemente en la teología por sobre el aspecto sincrónico más natural y geográfico. Todavía es difícil no considerar el entorno como un mero escenario donde acontece el drama de la salvación. Cuando en verdad el escenario es un todo con el mismo drama. El drama hace al escenario y el escenario hace al drama. Quizás esta suerte de carencia o debilidad se deba al fuerte supuesto de las tramas naturales para el acontecer de la polis. Las regiones metropolitanas son los territorios donde se está desarrollando la biopolítica, donde los límites están cuestionados, donde lo público y lo privado, los lenguajes de todo tipo y las semióticas son producidos y reproducidos a veces hasta el cansancio.

Por otro lado, la ciudad es una fuente de sentido para el que la habita. En última instancia, esta fuente de sentido se encuentra en Dios que nos dona la ciudad, convertida en un don y en una tarea. Parafraseando el salmo 127, si el Señor no construye la ciudad, en vano se cansan no sólo los albañiles, sino todo lo que ellos simbolizan como aspecto constructivo: políticos, legisladores, técnicos, ingenieros, planificadores, geógrafos, antropólogos e historiadores. George Steiner nos habla del sentido de la casa, él que tiene, como judío, conciencia de lo que significa la condición errante del exilio, de no tener lugar donde habitar.⁴³ Aquí Steiner parece hacerse eco de Saint-Exupery, quien como piloto de avión supo ver la tierra de los hombres desde el aire y se maravillaba cuando en los vuelos nocturnos se dejaba guiar por esos territorios iluminados que eran las ciudades y lo guiaban en su derrotero aéreo a través del mar de la noche. También Yi-Fu Tuan ha expresado el intenso significado que tiene la ciudad para el ser humano que busca una vida plena, la buena vida [*the good life*].

“El hombre tiene que velar por ese orden metafísico querido por Dios, por esa revelación histórica realizada por Dios, por esa promesa escatológica ofrecida por Dios. Tiene que velar por el santo nombre de *Dios*, por el santo rostro del *prójimo* y por la santa faz del *mundo*, ya que los tres son sagrados e inseparables. La des-

42. GRESHAKE, *ibid*, 131. Así llama Jaspers la apertura a lo trascendente, al Ser. KARL JASPERS, *Filosofía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1980.

43. G. STEINER, *Errata. El exámen de una vida*, Madrid, Siruela, 2001.

trucción de uno arrastra consigo la negación y destrucción simultánea de los otros. Este es el verdadero sentido de la ecología.”⁴⁴

La ciudad es la casa y la tierra de millones hoy en día. No hay morada más significativa en este tiempo que la ciudad como morada, como santo nombre de Dios, como santo rostro del prójimo, como santa faz de la tierra. Así, no está desacertado parafrasear Jn 1,14 y decir que el Verbo se hizo carne y puso su morada en nuestra ciudad; y llevando la tensión de la expresión a su máximo rigor performativo, decir que el mundo de hoy es el Verbo hecho ciudad.

5. A modo de conclusión

Si somos creados a imagen y semejanza de Dios, quien es una comunión perijorética de personas, entonces esta ciudad de hoy, está expresando esa imagen comunicativa divina de la cual somos portadores y que no sólo expresamos en nuestras obras como tarea constructiva, también la recibimos como don. He tratado de mostrar cómo la ciudad –y su configuración de hoy en vastas regiones metropolitanas– contribuye a la constitución de un paradigma de comunión. A pesar de los aspectos negativos de una región metropolitana, he querido aportar una mirada positiva, como realidad deslumbrante por su inmensa red de vínculos expresado en redes de comunicación y transporte, de intercambio de información e ideas, de consumo de energía y de aportes de decisiones. Quisimos salirnos de la crítica ecológica común y corriente, que suele considerar el mundo urbano como un despilfarro de materia, energía e información. Habría que tratar de recuperar esta dimensión de lo dado, de lo recibido, aún en medio del mundo urbano de hoy, un mundo que expresa la actividad constructiva del ser humano. Este olvido a veces acarrea el olvido de Dios como Creador y el olvido del hombre como criatura. Y las redes comunicativas del mundo entonces son portadoras de ruido, desorden, entropía y azar sin sentido.

GABRIEL F. BAUTISTA

20.08.09 / 30.08.09

44. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 2001. 853.